

Leo á Shakespeare y miro el mar, decia el poeta para indicar dos inmensidades.

Yo miraba el mar, y oía los sollozos de aquel padre viejo, que seguía con los ojos un buque de vapor que se hundía lentamente en el horizonte rosado.

## PISA

Yo he tenido siempre la obsesión de Pisa; no de Pisa propiamente; de la torre inclinada. No hay duda de que algún cuento me han contado sobre ella, allá en mis años primeros. El niño está siempre dentro del hombre, y no hay porqué no dejarlo pensar y sentir, sentir sobre todo, dentro de nosotros, algunas veces. Es él acaso el que nos proporciona los grandes deleites morales: la admiración sin reserva, el entusiasmo puro, la emoción grandiosa ó llena de ternura, y también esos miedos sin causa que solemos experimentar en el mismo momento en que nos reimos de ellos. El niño y el hombre sienten juntos dentro de nosotros; el primero es acaso la inspiración, la imagen plástica, la poesia, la frase de grandiosa ingenuidad. ¡Las niñerías de Shakespeare con sus Arieles y Calibanes! ¡Y el niño Homero!

Vine, pues, aquí, con una ansia infantil de ver la torre.

Llegamos, únicos viajeros, de noche, á las once, y nos metimos en el primer *albergo* que encontramos al lado de la estación. Está situado en una plaza muy sola, á un extremo de la ciudad.

Dejamos en él nuestras maletas, y salimos de nuevo á la calle. No me resolvía á acostarme sin ver la torre. Todo estaba silencioso; *ni un ratón se movía*. Sólo una estatua muy grande, deforme, de Victor Manuel, se nos presentó en un extremo de la plaza. El rey está allí de pie, serio, con las manos sobre el pomo de la espada, las piernas metidas en los anchos pantalones de bronce, y envuelto en la atmósfera de solemnidad que forma la noche silenciosa en torno de todo bulto entrevisto.

¡Detrás de la estatua, hay una verja que atraviesa la primera calle de la ciudad; la puerta de esta está á un lado de la verja, con dos faroles encendidos en lo alto. También hay luz en la habitación de los guardas, luz que sale por la puerta abierta, y traza un cuadrado amarillento sobre el empedrado de la acera al proyectarse en él.

La calle, como un tajo obscuro practicado en la masa de edificios, se hunde en la ciudad dormida con sueño profundo; algunos pocos faroles, encendidos de trecho en trecho, determinan la dirección en que la calle se interna.

¡La atracción de lo misterioso!

Damos una vuelta al rededor de Victor Manuel, mirándolo de alto abajo. La reja que corre detrás

de él lo hace parecer encarcelado. Se me ocurre que hablábamos en voz baja y andábamos de puntillas para no turbar el silencio, ni meternos con aquel hombre tan grande de bronce.

¿Y la torre? ¿Vamos á verla? — Es tarde; son las once y media, pero...

— ¿Y por dónde se irá? ¿Estará lejos de aquí?

Lo preguntamos á los guardas de la puerta de hierro, que hablan á media voz, en la habitación iluminada, única que se ve abierta en toda la ciudad.

— Quince minutos. Al final de esta calle encontrarán Vds. el puente sobre el Arno; deben cruzarlo, y seguir sin interrupción la calle de la derecha.

Y emprendemos nuestro camino por la calle solitaria. Los fenómenos más nimios tienen interés y carácter en esas circunstancias. Se me han quedado en la imaginación.

Cada farol que dejamos atrás de trecho en trecho, hace salir de debajo de nosotros nuestra propia sombra que se va alargando, alargando, hasta que el farol inmediato la borra con su luz y la arroja á nuestra espalda.

El ladrido de un perro, difundido en el silencio, es entonces una onda sonora que sacude el aire obscuro, y pasa por sobre los techos de la ciudad, como un viajero negro que se va.

Las luces, en el fondo de la calle llena de noche,

parecen golpes dados con una punta en un cristal negro que se estria; pero, como los cuernecillos del caracol, los rayos luminosos se estiran y se repliegan; hunden sus puntas en la obscuridad, penetrando más ó menos en ella, y se encogen de nuevo; circundan el foco, como las barbas de una espiga viva.

Dos hombres vienen de allá lejos, de lo hondo de la calle en dirección á nosotros. ¿Son dos? Si; pasan por debajo de un farol y, á la luz lejana de este, los vemos ya con precisión. Se acercan; pasan.

Esas frescuras de aurora que suelen andar por las noches de verano, con olor á campo húmedo de rocío, atraviesan las calles silenciosas, van y vienen, sacuden de vez en cuando las luces de los faroles, mueven algun pedazo de papel en la acera, ó algunas hojas secas que han bajado de un árbol dormido en el borde de aquella, y que, al arrastrarse, parece que arañan el suelo con sus bordes mellados.

Cruzamos otra plaza con otra estatua, que me parece de Garibaldi, cerca de un mercado denunciado por el olfato; enseguida una calle atravesada en lo alto por un arco, de suerte que el piso superior de la casa de un lado continúa en la acera de enfrente.

Todas las puertas estan cerradas, por supuesto, y no vemos nada con precisión, por más que, de vez en cuando, bajamos de la acera para ver las casas desde el centro de la calle. Parece que los edi-

ficios entreabren los ojos para decirnos: no estamos visibles á esta hora; los gatos andan par los tejados.

¿No es verdad que aún los edificios que nos son más conocidos en nuestra propia ciudad, se transforman por completo si pasamos frente á ellos cuando están en su segundo sueño, allá á la madrugada? ¿Verdad que hasta desconocemos las ventanas de nuestra casa?

Un guardián nocturno está apoyado en una esquina; un farol arroja á su lado, sobre la acera, una mancha de luz movediza.

— ¿Dónde queda el *Campanile*?

— Pasen el puente que está ahí; tomen después por la calle de la derecha; la plaza del *Campanile* está en el otro extremo de la ciudad.

El puente resuena bajo nuestras pisadas; el Arno, borrado por las sombras amontonadas sobre él, es un largo vacío oscuro; las casas que lo limitan por uno y otro lado se extienden sosteniendo la hilera oblicua de lucecillas de los faroles.

Una calle angosta y curva, con sólo paredes bajas á ambos costados, se nos presenta pasado el puente; tomamos por ella, mirando de vez en cuando hacia atrás para poder reconocer á la vuelta el camino.

Otro guardián. — ¿La plaza del *Campanile*?

— ¡Oh! ¿No la ven Vds.? Ahí está, á veinticinco pasos de aquí; á la derecha.

Desembocamos en ella, y la torre inclinada sale de entre la sombra á mi encuentro, se me aparece

sola, oblicua, como un palo enorme clavado en el suelo.

Te lo confesaré francamente : el niño tuvo miedo dentro de mí.

¿ Te ríes ? Pues fué una sensación real.

Y no creo que fuera sólo la noche y la soledad las que me ocasionaron esa impresión ; he vuelto á ver hoy de día la plaza del Campanile, y la torre me ha detenido, se me ha venido siempre encima, me ha infundido respeto, cuando menos.

Esa plaza de Pisa es una sorpresa en cualquier circunstancia y á cualquier hora ; es un pedazo de tierra en que crece la yerba, situado casi fuera de la ciudad, en un extremo ; parece que es de otra parte. Y en él, colocados el uno aquí y el otro allá, sin relación alguna entre sí, ni con las calles que limitan la plaza, se levantan los cuatro célebres monumentos de Pisa : el bautisterio, que parece una campana enorme abandonada en el campo, está en un lado ; en el otro ángulo, la masa del *duomo*, gran catedral románica, cierra el horizonte con la silueta de su frontón triangular, y oculta el Campo Santo que está detrás ; y en el otro lado, clavada en el suelo ó brotada de él, como el tronco redondo de un árbol seco, se levanta la torre inclinada. Pero no está sólo inclinada ; está torcida ; no es una línea recta, oblicua ; es una curva bien perceptible ; parece que se han propuesto enderezarla haciendo un esfuerzo desde la punta, y sólo han

conseguido doblarla en el tercio superior, sin modificar la dirección rígida de la parte inferior, clavada en el suelo.

Es muy original esta torre de Pisa ; es realmente rara, disparatada. Yo la he encontrado hermosa, muy hermosa ; hay disparates que me encantan. La encuentro... iba á decir candorosa, con sus ocho anillos de arcos iguales, sostenidos por tenues columnillas, y sobrepuestos sin más propósito que el de subir. Como son ocho, podrían haber sido diez ó doce, ó seis, esos anillos, sin que la idea arquitectónica cambiara en lo más mínimo. Se ocurre que los constructores cesaron en la tarea de sobreponer arcos y anillos de cornisa, cuando vieron que la torre se torcía, como cesa un niño de agregar piezas de dominó á su castillo, cuando lo siente bamboleante.

Estos cuatro edificios colocados sin ton ni son en la plaza de Pisa, parecen cosas muy grandes, dejadas aquí provisoriamente, para trasladarlas después á su sitio. Se dijera que, hace cuatro ó cinco siglos, época de la construcción, estaban moviendo la torre para llevársela, y dejaron en suspenso el trabajo.

Pero mientras los obreros, olvidados ó dormidos, no vuelven desde hace trescientos años, el hecho es que esta torre se está cayendo... pero se está cayendo eternamente.